

# JOAN MIRÓ

## pone su signo en barcelona

Por JOSE M. MORENO GALVAN  
Fotos: XAVIER MISERAGHS



ESTE es el año jubilar de Joan Miró: setenta y cinco ha cumplido recientemente el gran pintor barcelonés, y esa es una cifra demasiado perfecta, demasiado redonda, para que pueda pasar inadvertida. Ocasiones así comprometen casi siempre a un hombre con su origen. Y más aún si ese hombre se llama Joan Miró, pintor que es original precisamente porque nunca, en ningún momento de su vida, ha querido renunciar a su dependencia originaria. Se es universal bajo condiciones diferenciales. Miró, sí, es un pintor que pertenece al mundo, pero a condición de que se sepa que él nació en aquel cacho de la tierra ibérica y que habló por primera vez aquel idioma. «La sangre de mi espíritu es mi lengua...», dijo don Miguel de Unamuno. Han sido emocionantes esas especies de bodas de Miró con Barcelona, con Cataluña, con motivo de su madurez definitiva e inapelable: primero fue el ofrecimiento y consiguiente aceptación de un fondo suficiente de obras para constituir un museo; luego, la exposición antológica y retrospectiva en el Palacio del Antiguo Hospital; finalmente, la pintura directa en el edificio del Colegio de Arquitectos de Cataluña y Baleares...

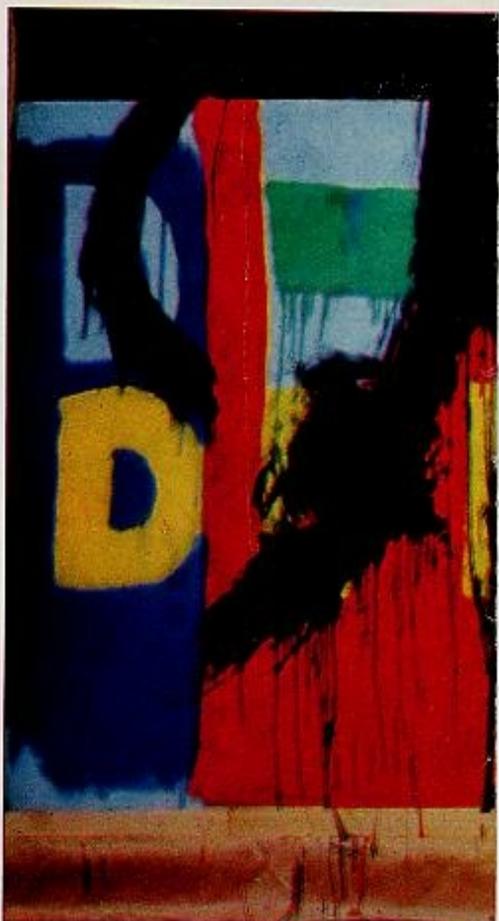
Teníamos ya noticias de que antes, cuando alguien suficientemente responsable se acercó a Joan Miró para pedirle que pintara un mural en el aeropuerto de Barcelona, él lo ofreció gratuitamente, generosamente... Ahora, ese mural en el Colegio de Arquitectos se adelanta por razones funcionales al que en su día engalanará y categorizará al aeropuerto de Barcelona. Está bien. En sus buenos tiempos, el arte fue siempre una especie de ofrenda de los hombres a la ciudad, a su ciudad: así Fidias cuando esculpió las métopas partenopeas.

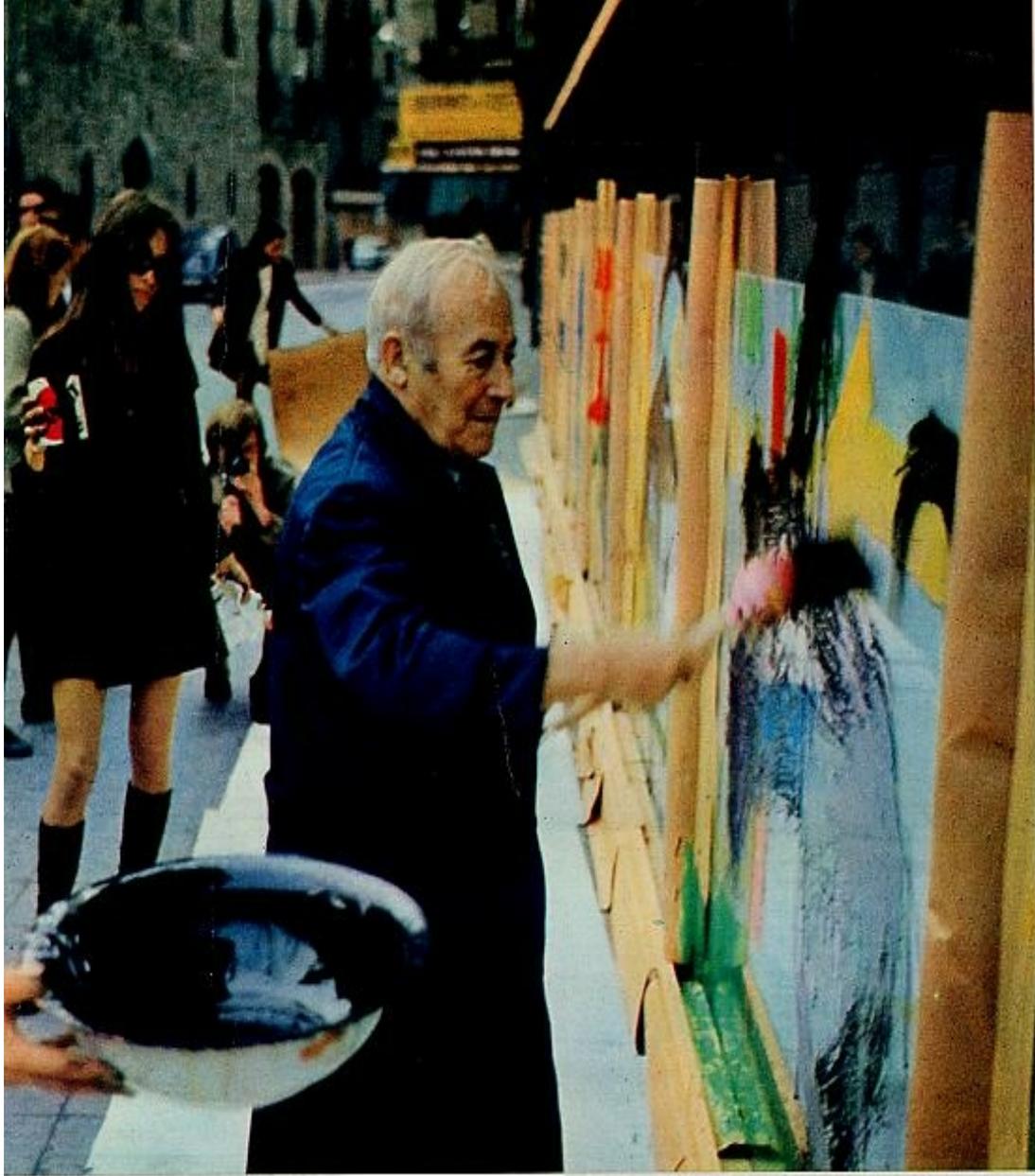
Uno piensa que la primera facultad —o acaso el primer deber— de un gran artista es la de poner su signo en la ciudad: la de modificar algo, transformar algo o crear algo dentro de ella, que sea mínimamente suficiente para que su personalidad se imprima de alguna manera en su fisonomía. Joan Miró, a sus setenta y cinco años, con la edad suficiente para saber bien lo que hace, le ha ofrecido su obra a su ciudad.

Después de Joan Miró, Barcelona ya no ofrecerá una fisonomía exactamente igual a la que ofrecía antes de Joan Miró: esa es la primera obligación que hay que exigirle a un artista de la estatura magistral de Miró. Y Miró ya ha cumplido el primero de sus deberes históricos.

Hace muy pocos días, Joan Miró se ha situado en plena calle, como un obrero cualquiera (los grandes artistas se parecen siempre, cuando trabajan, a un obrero cualquiera: Picasso, también), y se ha puesto a pintar junto al nuevo edificio del Colegio de Arquitectos de Barcelona. En los primeros momentos, alguna gente ha pasado por su lado sin percibir la aventura extraordinaria que escondía la escena cotidiana de un pintor que traza pinceladas sobre un cristal... Luego, percibido lo insólito de la escena por quienes, de alguna manera, quisieron ser testigos de la historia del arte, el público se retiró hasta una discreta y respetuosa distancia...

En el mismo lugar que el mural de Miró queda el mural de Picasso. De esa manera, el Colegio de Arquitectos de Barcelona ofrece ahora una antología de la mejor pintura del mundo de nuestros días: una antología reducida a sólo dos nombres, el de Pablo Picasso y el de Joan Miró; una antología mínima, pero indiscutible. Si hay alguien que no esté de acuerdo, que levante el dedo.





Eran las cuatro de la madrugada. Escasos los afortunados que pudieron asistir a la gestación de este mural —48 metros de largo—, que tuvo visos de «happening» y de juego en su sentido más alto. Cuatro arquitectos —O. Tusquets, C. Cirici, L. Cotet y Domenech— pintaron el esquema bajo la dirección del artista catalán. La segunda noche lo completaría él personalmente con pintura negra. Este mural, llamado a desaparecer (al menos con esta intención ha sido concebido), corresponde a la exposición organizada por el Colegio de Arquitectos de Barcelona —respuesta a la anteriormente celebrada en esta ciudad— que intenta demostrar la influencia del pintor en la plástica y el gusto populares. Esperamos que esta obra (cercana a la de Picasso, como puede verse en la foto que abre el reportaje) no llegue a ser tocada por la piqueta.

